

SEAMOS FIELES

Entre los grandes de la tierra, los gobernantes, héroes, sabios, artistas y grandes comerciantes de los tiempos pasados, hubo muchos que tuvieron, como el rey David, un comienzo pobre y difícil. Sin embargo, su piedad y diligencia, su fidelidad y perseverancia, y ante todo su fe y sus constantes oraciones, los condujeron a un final bueno y a veces también glorioso. En su mocedad, el gran almirante holandés Ruyter fue primeramente aprendiz de fabricante de sogas, después marinero y luego dependiente de tienda. Su fidelidad y diligencia lo recomendaban tanto, que su jefe le confió un cargamento de paños finos que debía llevar a Marruecos. Allí gobernaba en aquel tiempo un príncipe despótico y cruel. Ese príncipe, acompañado por sus cortesanos, visitó la feria una mañana y miró los finos paños de Ruyter. Una de las mejores piezas le llamó especialmente la atención y preguntó su precio. Ruyter, quien, como todo verdadero comerciante cristiano, no exigía por sus productos mucho más de lo que valían, le dijo el precio que su patrón le había indicado. El príncipe le ofreció solamente la mitad.

-Lamento no poder rebajarla. Tengo que recibir el precio que le pedí, puesto que no es propiedad mía sino de mi patrón, y yo soy simplemente su empleado. –dijo Ruyter.

El gobernante no esperaba semejante respuesta, y por eso dijo muy indignado: "Perro cristiano, ¿no sabes que tu vida está en mis manos?"

-Bien lo sé, señor –respondió Ruyter-, pero también sé que no pedí un precio excesivo, y que es mi deber cuidar de lo que pertenece a mi patrón sin pensar en mí. No le cobraré un precio menor. Prefiero hacerle un regalo antes que bajar un precio justo. Haga de mí lo que quiera, pero sepa que un día tendrá que dar cuentas de todo a Dios. Todos los comerciantes que oyeron esto se espantaron.

El príncipe miró al mozo con ojos iracundos, y todo los que estaban en derredor pensaban que daría la orden: "Córtenle la cabeza". Pero no; el príncipe se contuvo y solamente lo amenazó diciendo: "Si para mañana no cambias de opinión haz tu testamento". El orgulloso príncipe volvió las espaldas, dejó a Ruyter y continuó mirando las mercaderías de otros comerciantes.

Ruyter puso muy tranquilamente la pieza de tela a un lado, y sirvió fielmente a otros clientes. Después de algunas horas, cuando la feria no estaba ya tan frecuentada, los otros comerciantes instaron al valiente joven y le dijeron: "¡Dele el paño como regalo o por el precio que él le ofreció! Si él lo decapita, perderá Ud. toda la mercadería y también el barco. En ese caso, todos los cristianos estaremos perdidos";

Después de haber reflexionado serenamente, Ruyter replicó con voz firme: "¡No teman! Estoy en las manos de Dios. Tengo que ser fiel en lo poco como en lo mucho. Mi patrón no perderá ni un centavo por mi culpa. No me desviaré de mi deber". Para sus adentros Ruyter pensaba: "Prefiero morir como siervo fiel antes que ceder a las exigencias injustas del príncipe. Y tú, amado Señor que estás en el cielo, tienes todas las cosas en tus manos, y sin tu voluntad nadie puede torcer la punta de un solo cabello. ¡Los fieles siempre han tenido a tus santos ángeles por guardianes!"

A la mañana siguiente, Ruyter estaba otra vez muy animado en su tienda a la espera de los clientes. Vio entonces al príncipe que se acercaba con pasos orgullosos junto con sus cortesanos y un verdugo que llevaba una espada larga a la cintura. El príncipe se paró frente a la tienda de Ruyter, miró con ojos penetrantes y dijo: "Perro cristiano, ¿ya cambiaste de idea?" Ruyter respondió decididamente y sin miedo: "Sí, reflexioné mucho; pero no puedo darle la tela por menos de lo que le dije ayer. Si quiere quitarme la vida, hágalo. Prefiero morir como siervo fiel con una conciencia limpia que ceder a su exigencia". Todos los circunstantes contuvieron el aliento, pues el verdugo con la espada larga sonreía como un demonio que ve un alma rumbo a la perdición. Pero el semblante del orgulloso y violento príncipe comenzó a cambiar. Sonrió y amigablemente miró a Ruyter y dijo: "¡Verdaderamente eres un alma fiel!. Nunca hallé un siervo tan fiel como tú. ¡Ojalá yo tuviese uno como tú en mi corte!". Después, dirigiéndose a los cortesanos que lo cercaban, declaró: "Tomad a este cristiano por ejemplo". Y a Ruyter le dijo: "Cristiano, ¡dame la mano! Tú serás mi amigo". En seguida tomó una bolsita con oro y la tiró sobre la mesa diciendo: "Contiene tanto como pediste. Y de este paño mandaré hacer un traje de gala que usaré en memoria de tu fidelidad los días especiales del año". ¿Debe añadirse alguna palabra a este suceso verídico? Sí, "¡Sed fieles! ¡Sed fieles en lo poco, sed fieles en todos los lugares y en todas las cosas, porque el Señor recompensará la fidelidad:" La fidelidad vence, la fidelidad conduce al cielo.